

# SILVIO ZAVALA EN MIS RECUERDOS

Miguel BATLLORI

*Istituto Storico della Compagnia di Gesù*

UNA APORTACIÓN DIGNA DE UNA miscelánea científica en honor del profesor Silvio Zavala —y más, en conmemoración de su octogésimo cumpleaños— tendría que ser un estudio de investigación hispanoamericana, y renovadora; pues esas dos cualidades han caracterizado todos sus trabajos (artículos y libros), ya desde su juventud.

Los que pertenecemos a su misma generación, recordamos siempre el impacto que nos produjo su libro sobre la encomienda indiana. Era la obra madura de un joven. Tanto que, hablando un día sobre ella con el añorado amigo José Antonio Maravall, éste no podía creer que los tres hubiésemos nacido hacia los mismos años. La *Encomienda* le hacía suponer a su autor mucho mayor que nosotros. Al comprobarlo, quedó literalmente asombrado.

Espero que esa coincidencia cronológica me disculpe, ahora, de no presentar aquí unas páginas de investigación. Cuando se llega a cierta edad, el tiempo apremia para terminar las últimas obras en curso ya de impresión o en dolorosa gestación. Es, en cambio, un agrídulce placer sumergirse en el pasado para detectar algunos puntos luminosos: los momentos más agradables en que nuestras vidas se han entrecruzado, prescindiendo, o casi, de libros, separatas, fichas, reseñas y apuntes.

El primer apunte fijo que tengo en la memoria, sobre la personalidad y la persona de Silvio Zavala, se remonta a

1950, durante mi primer *iter* americano, iniciado el año anterior por La Habana, la patria de mi madre, y continuado por todo el hemisferio sudamericano hasta recabar en México.

De ésta mi primera estadía en tierras mexicanas —al margen de mis investigaciones en el Archivo y en la Biblioteca Nacionales, entonces magistralmente dirigidos por dos amigos comunes, De la Torre Villar y Rubio y Mañé— flotan sobre todo en mi memoria dos entrañables recuerdos personales: mis amigables contactos con tantos exiliados o emigrados españoles —catalanes y castellanos, en esa amigable camaradería que da el común destino y la común añoranza y esperanza— y el comienzo de mi amistad, conjuntamente, con Silvio Zavala y con el exiliado excepcional Javier Malagón.

Los conocí en la primera sede del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, en la apartada Tacubaya. Allí habían forjado toda una serie de publicaciones panamericanas, desde Alaska y Canadá hasta la Patagonia y el Ártico Meridional; y, por encima de todas ellas, la *Revista de Historia de América*, que durante muchos años había de ser el vademécum obligado de todos los americanistas: de los que lo eran de oficio, a tiempo completo, y de los que comenzábamos a serlo parcialmente, como una ampliación obligada de nuestros precedentes estudios catalanes, españoles y europeos.

Luego con Zavala nos hemos ido encontrando con frecuencia. Y no sólo por el intercambio de libros, publicaciones y mutuas recensiones —a un tiempo críticas y amigables—, sino también personalmente. En agosto de aquel mismo año 1950 coincidimos en París en ocasión del IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas, el primero convocado después de la terrible y absurda segunda guerra mundial. Entonces, Silvio era ya la voz más escuchada y respetada cuando se trataba de temas americanos.

En aquellos años en que España quedaba casi marginada del concierto historiográfico internacional, Zavala representó en el *Bureau* o Junta directiva del Comité Internacional de Ciencias Históricas, a todos los historiadores de habla española. Sólo más adelante alternaron en aquella Junta historiadores hispanoamericanos —siempre de México— y españoles: Carande el primero, más adelante yo mismo, y ahora

a la vez De la Torre Villar como presidente y Benito Rocamo como miembro español.

También en este aspecto internacional —la “*ökumene* histórica” en acertada frase de Karl D. Erdmann— Silvio ha sido un adelantado.

Su amplia y fundamental bibliografía de aquellos decenios, bien conocida, y más utilizada, por todos los historiadores de América y del mundo, lo hacían siempre presente en la renovación historiográfica de la posguerra.

Ello no obstante, cuando la alta personalidad de Silvio Zavala lo llevó a ocupar destacados cargos públicos, como los de embajador de su país en la UNESCO y luego en la República Francesa, algún amigo común llegó a decirme que Silvio era ya un hombre muerto para la ciencia histórica. Pero su silencio —siempre parcial— era sólo aparente: de aquellos años silentes nacieron los dos fundamentales volúmenes sobre la América colonial, completa como siempre de norte a sur. Su gestación fue minuciosa y exigente. Recuerdo sus cartas en que me preguntaba cómo había que interpretar algunas expresiones mías sobre la modernidad y la tradición en las actividades americanas de los jesuitas.

Cuando aquellos dos tomos aparecieron, me dejaron literalmente deslumbrado, y a la vez me convencieron de cuán fácilmente se lanzan juicios precipitados sobre los periodos de silencio —los que suelen preludiar los conciertos de una gran orquesta. A partir de entonces, a los jóvenes que en Roma o en España me piden una primera orientación para sus estudios americanos, les doy siempre el mismo consejo: que comiencen por aquellos dos densísimos tomos, que sepan leer entre líneas todo lo que más les interese de los capítulos del primer volumen, y que completen esa primera lectura con la consulta a fondo de la bibliografía que nos ofrece, que nos regala, todo el segundo tomo.

Cuando, al llegar a mis setenta años, reuní en Caracas en 1979 mis escritos menores sobre Iberoamérica brotados al socaire de otros trabajos más amplios sobre la evangelización de América, el abate Vizcardo, la emancipación y la misión Muzi, Silvio Zavala se lamentó de que diera casi por finiquitados mis estudios americanistas.

Pero muy pronto los bicentenarios de San Martín y de Bolívar, y luego la aproximación del V Centenario de la empresa de Cristóbal Colón —mi antepasado por las líneas de Batllori de Orovio y de Colón de Portugal— me han vuelto a acercar a América, y, conjuntamente, a la obra, a la persona y a la ya vieja y acendrada amistad del profesor Silvio Zavala —inútil aplicarle cualquier otro epíteto.

*Barcelona, julio de 1989.*